

Hora en que al rayo trémulo  
 Del moribundo día,  
 El alma en ancho piélago  
 De amor y de armonía  
 Se anega, y sublimada  
 Al cielo, separada  
 De su prision corpórea,  
 Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo  
 Cabe á la suma alteza,  
 Feliz un punto, olvídase  
 De su mortal flaqueza;  
 Y unida al sacro coro,  
 Al son del arpa de oro,  
 Entona el dulce cántico  
 De interminable amor.

Mas la inspirada púpila  
 Del Angel que camina,  
 De la inflamada atmósfera  
 A la ciudad declina:  
 Y dentro al laberinto  
 Que encierra su recinto,  
 Busca la vírgen cándida  
 De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático  
 Postrada contra el suelo,  
 Y á la mansion seráfica  
 Dirige el raudó vuelo:  
 Nuncio feliz y santo  
 Del fin de nuestro llanto,  
 Embajador benéfico  
 De paz y de salud.

### III.

Penetra en fin en la apartada estancia  
 De Dios el mensajero,  
 Despareciendo suavísima fragancia  
 Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la vírgen pura  
 Alzó los castos ojos,  
 Temiendo ver en la celdilla oscura  
 Los divinos enojos,



Y vió un mancebo fúlgido que ante ella  
Inclinando la frente  
En voz cual de amantísima querella;  
Más sonora y potente:

“ Yo te saludo, dijo, á Ti la llena  
“ De gracia y hermosura;  
“ Contigo está el que vibra ó encadena  
“ El rayo allá en la altura.

“ Tú sola eres la Santa y bendecida  
“ De todas las mugeres:  
“ Capaz de dar al hombre eterna vida,  
“ Tú sola, Virgen eres.”

Y María tembló, no comprendiendo  
Del Angel la voz grave;  
Mas él en su embajada prosiguiendo  
Con tono mas suave;

“ No temas, que has hallado en la presencia  
“ De Dios gracia infinita;  
“ Sin perder el candor de tu inocencia  
“ Serás por él bendita.

“ Concebirás un hijo en tus entrañas;  
“ Jesus será su nombre:  
“ Y en tu tierra será y en las estrañas  
“ Salud eterna al hombre.

“ Grande será; de todos bendecido,  
“ Hijo de Dios llamado;  
“ Y será el trono de David, perdido,  
“ Por él recuperado.

“ Sobre la casa de Jacob, fecundo  
“ Su reino omnipotente,  
“ Cumplidas las edades de este mundo  
“ Durará eternamente.”

María, empero de sorpresa llena,  
En su ignorancia pura,  
Al Angel preguntó con faz serena:  
“ ¿ Mas cómo tal ventura

“ Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,  
“ Si á Dios me he prometido;  
“ Y de virginidad só el puro velo,  
“ Varon no he conocido?”



Y el Angel respondió: " Desde el altura,  
 " Aquel tres veces santo;  
 " Bajará sobre tí; su sombra pura  
 " Cual generoso manto "

" Te cubrirá; por esto al santo fruto,  
 " Virgen, que en tí naciere;  
 " Pueblos y reyes le darán tributo,  
 " Y ¡ay del que no creyere!

" Porque creas la nueva soberana  
 " Que así te ha sorprendido,  
 " Te diré que Isabel, tu prima anciana,  
 " Un hijo ha concebido."

" Y aunque estéril la juzgan, del preñado  
 " Esta es la sesta luna:  
 " No hay imposible al Sumo, al increado  
 " Que amor y ciencia aduna."

Entonces la doncella anonadada,  
 Al nunciador divino  
 Así le contestó, la faz bañada  
 En rubor purpurino.

" Hé aquí sumisa del Señor la esclava;  
 Hágase en mí su voluntad divina."  
 Y en aquel punto el ángel se elevaba  
 Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo  
 A habitar en la cárcel maldecida,  
 Y rescatar al hombre del profundo,  
 Muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable  
 De la generacion maravillosa  
 De un Dios, en vil materia deleznable,  
 Si bien hechá por él; noble y gloriosa

Solo el hombre en su ciencia envanecido  
 No sospechó que estaba tan cercano  
 El instante feliz y apetecido  
 Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (5), la primavera,  
 Derramando raudales de verdura,  
 Al monte, al llano, al bosque y la pradera  
 Revistió con su espléndida hermosura.



Lució del sol mas puro el vivo rayo,  
 Y en la flor columpiándose indecisa,  
 Fragante don del prematuro mayo,  
 Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el harpado coro  
 Entonó mas armónicas canciones;  
 Y enmudeció del infeliz el lloro  
 Y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera  
 Sumisa recostándose adormida;  
 Del bajo mundo á la encumbrada esfera  
 Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores  
 Los rebaños trayendo á las majadas,  
 Y al volver á su hogar los labradores,  
 Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas  
 Confusos se paraban de los rios,  
 Escuchando armonías misteriosas  
 Que de prados y montes y plantíos,

En la region del aire se elevaban  
 Y sobre ellos un punto se cernian;  
 Y de aquellos prodigios se admiraban  
 Y á sus gentes tal vez los referian.

En tanto que MARIA en el estrecho  
 Límite de su estancia, meditaba,  
 Y de santa inquietud turbado el pecho  
 A obedecer á Dios se preparaba.

